



Revista de Filología y Lingüística de la
Universidad de Costa Rica

ISSN: 0377-628X
filyling@gmail.com

Universidad de Costa Rica
Costa Rica

Rivano Fischer, Emilio

WITTGENSTEIN Y CHOMSKY EN CONTRAPUNTO: NOTAS EPISTEMOLÓGICAS Y
METODOLÓGICAS EN TORNO AL LENGUAJE, CONOCIMIENTO Y COMUNICACIÓN

Revista de Filología y Lingüística de la Universidad de Costa Rica, vol. 35, núm. 2, julio-
diciembre, 2009, pp. 207-232

Universidad de Costa Rica
San José, Costa Rica

Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=33267173015>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

WITTGENSTEIN Y CHOMSKY EN CONTRAPUNTO: NOTAS EPISTEMOLÓGICAS Y METODOLÓGICAS EN TORNO AL LENGUAJE, CONOCIMIENTO Y COMUNICACIÓN

Emilio Rivano Fischer

RESUMEN

En este artículo, doctrinas y argumentos wittgensteineanos y chomskyanos, particularmente metodológicos y epistemológicos, se combinan para introducir perspectivas actuales sobre lenguaje y cognición.

Palabras clave: Mundo, creatividad, conciencia, regla, facultad del lenguaje.

ABSTRACT

In this essay, Wittgensteinian and Chomskyan doctrines and arguments, particularly methodological and epistemological ones, combine to introduce current perspectives on human language and human cognition.

Key words: world, creativity, conscience, rule, language faculty.

1. Claves y temas

1.1. Notas wittgensteineanas

Se menciona “lenguaje” en un texto o contexto y luego se pasa a definir el término. Comienzan las disquisiciones sobre qué es el lenguaje. Se inicia un recorrido o una investigación que rescata esencias, rasgos definitorios, o bien propiedades en común, tipos de lenguaje, ejemplos, o acaso estipulaciones nocionales. Otros términos en el campo sufren la misma suerte,

Dr. Emilio Rivano Fischer. Doctor en Filosofía de la Universidad de Lund. Docente de la Universidad de Stanford. Sede Santiago de Chile.

Correo electrónico: erivano@juno.com

Recepción: 28- 1- 2010

Aceptación: 9- 03- 2010

términos como “significado”, “comunicación”, “hablante”, “lengua”, “competencia”, “idioma”, “conversación”, “palabra”, “expresión”, “locución”, “enunciado”, “dialecto”, “conocimiento”, “verdad”, entre incontables otros.

Pero “lenguaje” es una categoría popular. No hay en la palabra un objeto del conocimiento. La primera falacia es partir de un nombre común, cotidiano, y suponer que nombra un objeto que requiere precisión. El nombre cotidiano está perfectamente en orden, allí donde está: en su funcionamiento diario de nombrar mil asuntos y combinarse en infinitos contextos. El nombre tiene libre e impredecible movimiento en la comunicación cotidiana. Su naturaleza, si cupiera hablar de ella, son sus incontables usos.

Una variante de esta falacia se manifiesta como la ilusión de la función (esencial) representativa o referencial en el lenguaje: El nombre significa la cosa en sí. El nombre representa el objeto referido. El nombre nombra las entidades del mundo externo. Esta ilusión cala hondo en nuestros hábitos cognitivos cotidianos. Es una “categoría popular”. Puede concebirse como un “efecto óptico” o ilusorio similar al “hecho” de que el sol “se levanta” todas las mañanas, que la luna “brilla”, que el horizonte es una “línea recta”, que la lluvia “cae para abajo”, que la materia es “sólida”, que el tiempo “pasa uniformemente”, etc. A diferencia de estas otras ofuscaciones, que ya han sido extirpadas de la ciencia, la ilusión referencial aún perdura en la reflexión especializada sobre el lenguaje.

Nuestras investigaciones sufren una desviación irreparable: las palabras son ilusiones de objetividad. Los términos del lenguaje común no son guías para el conocimiento.

El extravío es el discurso cotidiano mismo, de modo que no ingresamos por esa vía al conocimiento. Procedemos a transformar el lenguaje natural y cotidiano en un no-lenguaje, un lenguaje “especializado”. Surge así muchas veces el problema de entender qué es lo que esos lenguajes especializados dicen. Surge también la opción de callar, pero no ante lo que no puede ser dicho, sino, más bien, ante lo que puede ser dicho.

Avanzando más allá (o retrocediendo más acá) de las funciones y los usos, nos encontramos con el supuesto mismo en juego sobre el lenguaje. No se trata de la falacia de la función referencial en el lenguaje, ni del recorrido fragmentario que realiza Wittgenstein por las infinitas funciones del lenguaje, a la vez que refuta lo que podríamos llamar, *grosso modo*, las doctrinas del significado lingüístico como *algo* (algo objetivo o algo mental). La crítica wittgensteineana aplica al punto de apoyo mismo en torno al cual giran los comentarios, en torno al cual se gestarían los infinitos contextos de habla, juegos del lenguaje, gramáticas, usos y funciones que apuntan a desmoronar la idea de una función referencial u otra esencial en el lenguaje. Queda en cuestión el lenguaje-en-uso. La palabra “lenguaje” existe. El nombre cotidiano “lenguaje” está perfectamente en orden, allí donde está: en su funcionamiento diario de nombrar mil asuntos y combinarse en infinitos contextos. La palabra “lenguaje” tiene libre e impredecible movimiento en la comunicación cotidiana. Pero que exista el lenguaje como *algo* es asunto que requiere justificación particular.

No hay nada en común sobre lo que haya que insistir en términos como “lenguaje”. No debemos dejarnos llevar por el lenguaje cotidiano en la determinación de los objetos del saber —los objetos reales o de la ciencia—.

1.2. Notas chomskyanas

El nombre (“Lima”, “casa”, “perro”) no se asocia a un objeto; lo crea. No lo crea en forma simple y rígida: El nombre es una categoría gramatical de cierta complejidad; posee propiedades sintácticas y semánticas y está inscrito en un sistema gramatical en el que tiene

juego infinito, aparece en infinitas y novedosas expresiones. No se trata de un juego aleatorio, sino estructurado. De modo que esas propiedades son constitutivas, “esenciales”. El objeto creado, por su parte, (Lima, casa, perro) obtiene propiedades conceptuales, propiedades de nuestra categorización cotidiana, de nuestro “sentido común” (propiedades como estructura interna, función, forma estable o Gestalt, unidad, extensión, propósito). El objeto (nombrado) se integra en procesos cognitivos de combinación infinita, pero no caótica. Las propiedades conceptuales del objeto nombrado lo determinan, son constitutivas, “esenciales”.

El nombre y el objeto creado tienen propiedades “esenciales”. Pero no tiene sentido decir que un objeto (externo, “físico”) tenga propiedades esenciales. Los objetos externos están fuera del lenguaje y fuera de otros sistemas cognitivos. Tienen las propiedades que tienen (no “propiedades esenciales”). Las propiedades esenciales (propiedades constitutivas, propiedades determinantes), no pertenecen a los objetos “en sí”, sino a los objetos del “aparato cognitivo”, a sistemas como lenguaje, la categorización cotidiana, la vista, la audición, el sentido espacial, el sentido moral, el sentido matemático.

La expresividad es libre y las expresiones son adecuadas al uso. Percibimos esa libertad, pero no como un caos, sino como un ámbito adecuado, un ámbito de propiedad de aplicación.

A pesar de esa adecuación del lenguaje en uso, no hay relación de determinación o causa entre contexto de uso y lenguaje, de modo que el primero restrinja o determine al segundo de algún modo predecible o sujeto a caracterización. El lenguaje humano es creativo, produce infinitas expresiones en infinitos contextos. Las expresiones son adecuadas al contexto, pero no están determinadas por éste. No hay un régimen causal entre lenguaje y mundo externo.

Sobre la creatividad, la infinitud expresiva en la infinitud de situaciones que nos rodean, nadie sabe nada. Sin embargo, tenemos plena convicción de esta libertad en nosotros y de esta adecuación de nuestro lenguaje con la situación de uso. Sabemos que es un hecho.

Sabemos, por ejemplo, que ante una torta de chocolate cualquier expresión lingüística puede ocurrir. Sabemos que la expresión será adecuada al uso. Pero no nos es dado saber cómo es posible que algo así ocurra. No logramos percibir ninguna relación entre lenguaje y mundo, ni ninguna otra propiedad que dé cuenta de este fenómeno. No logramos percibir qué es lo que hace posible esta libertad. Nuestra inteligencia percibe el hecho, pero no puede explicarlo.

A pesar de esta ignorancia, sabemos que está allí, que es un hecho del mundo. Tenemos la percepción cierta de que ante cualquier estímulo el número de expresiones lingüísticas posibles es infinito y que la expresión será apropiada a su uso. Pero, más allá de su constatación, el hecho no se presta para la investigación. De modo que ese aspecto de la creatividad del lenguaje humano en uso no es un objeto del saber. Como ocurre con muchos otros hechos del mundo, éste no podemos explicarlo. Es un misterio.

*Pero algo participa en los incontables e infinitamente variados usos del lenguaje.
Algo común que sería justamente el lenguaje humano...*

Eso es como decir: algo participa en las incontables e infinitamente variadas actividades humanas, en los infinitos usos que hacemos del cuerpo humano. Algo común que sería, digamos, el corazón. Entonces corresponde investigar el corazón en tanto órgano, porque observando y estudiando las infinitas actividades que ejecutamos, y en las que el corazón ciertamente participa vitalmente, no lograremos nunca saber nada sobre el corazón humano.

2. Variaciones

2.1. Tampoco la comunicación es un objeto del conocimiento

¿Es la comunicación la función del lenguaje humano? La creatividad mencionada es un aspecto central de lo que en términos cotidianos se entiende por “comunicación”. Nada que la lingüística logre estudiar en forma reveladora. Como se sugiere, restringiéndonos al aspecto creativo de los usos lingüísticos, tales estudios son cuestionables. Los intentos de explicar o de algún modo dar cuenta de este hecho rápidamente se transforman en un discurso incoherente, o, en el mejor de los casos, un discurso acotado y a veces vacuo sobre trivialidades y lugares comunes. (En esto, la confusión es generalizada: existe el mito de que la función del lenguaje humano es la comunicación. Los Ministerios de Educación del mundo entero, sin ir más lejos, suponen en sus programas sobre Lenguaje y Comunicación justamente lo que la evidencia expuesta rechaza como un sinsentido, a saber, que puede y debe enseñarse el uso adecuado del lenguaje, que puede y debe enseñarse la comunicación, que el lenguaje es comunicación. Pero la comunicación, en tanto uso creativo del lenguaje, no es un objeto sobre el que sepamos algo).

Por su parte, la llamada función comunicativa del lenguaje no es un asunto, sino infinitos. Es como decir que la función de la mano es tomar objetos, o que la función de la vista es ver. No se ha dicho nada profundo o relevante. No se ha dicho nada. Con la mano escribimos, levantamos servilletas, ojeamos un libro, nos sacamos una espina, contamos objetos, indicamos, golpeamos, transportamos objetos, nos rascamos el pelo, nos ponemos la comida en la boca, jugamos al “pasa el anillo”, en fin, la mano tiene infinitos usos, infinitas funciones. Toda esa infinitud la podemos llamar “tomar objetos”. Cada vez que se instancia alguna de estas funciones, una aplicación específica se genera. Pero, entonces, al decir que la función de la mano es “tomar”, simplemente no hemos dicho nada. Por su parte, el experto en la mano humana, el fisiólogo de la mano, no se guía por estas infinitas funciones cuando estudia y explica ese órgano. Los rasgos constitutivos de la mano, sus mecanismos, sus propiedades, su vinculación con otros órganos, no tienen nada que ver con estas funciones en las que aplicamos nuestras manos, si bien es claro que las funciones que se producen se relacionan con esos rasgos como sus condiciones de posibilidad (pero no al revés, es decir, las funciones no originan lo que es la mano humana, los rasgos de la mano no se han formado por sus usos, ni hay relación causal desde los usos hacia la constitución del órgano). (Es un hecho que debe llamar nuestra atención el que no haya un sector “Mano” en los programas de los Ministerios de Educación del mundo, así como hay un sector “Comunicación y Lenguaje”).

Algo análogo ocurre con el lenguaje: es un órgano cuyas infinitas funciones pueden reducirse al término “comunicación” (aunque no se ve que pensar, mentir, repetir, soñar, rimar, quepan en la infinita denotación del término “comunicación”), pero, en ese caso, no hemos dicho nada aún sobre la función del lenguaje humano. Estamos diciendo cosas vacías, cosas sin especificación alguna. Por su parte, el lingüista, el experto en lenguaje humano, no se guía por esas funciones cuando da cuenta del lenguaje humano.

Esa infinitud de funciones que abarca el término “comunicación” no es algo constitutivo del lenguaje humano. El lenguaje crece en el individuo, se produce sin otra mediación que la exposición natural al entorno social. El lenguaje crece como el pelo, como la mano, como el sistema digestivo, el sistema respiratorio, la vista.

El estudio del lenguaje no se guía por el intento de buscar las funciones del órgano lingüístico, así como el fisiólogo de la mano, para dar cuenta de sus características, de los mecanismos que operan en la mano y del lugar de la mano en el cuerpo humano, no se guía por el hecho de que con la mano me afeito, acaricio a mi gata, mato una pulga, toco el piano, o me lavo las manos (o el hecho adicional de que con las manos nos lavamos las manos, pero con la cara no nos lavamos con la cara).

Cuando el lenguaje está en uso, lo que en forma menos clara se llama “función comunicativa”, las infinitas cosas que ocurren es el resultado de un número abierto de subsistemas que coparticipan en esta producción. Entre ellos, está el lenguaje. Pero no se conocen esos subsistemas en relación a los usos. Es como cuando jugamos fútbol: hay una multitud de sistemas fisiológicos operando para hacer eso posible, pero el fisiólogo de la mano, el del corazón, el de las piernas y del sistema de locomoción, el del riñón, el del ojo, etcétera, no estudian sus objetos fisiológicos en función del fútbol. No tiene sentido hacerlo. El corazón se estudia en forma abstracta, fuera de su uso en, por ejemplo, una carrera, una caminata, cuando subo las escaleras, cuando busco setas por el bosque, cuando escucho las noticias, cuando me baño, cuando leo un libro, cuando escribo un e-mail.

Lo que en términos cotidianos entendemos por “entendimiento” y “comunicación” es el resultado de esta coparticipación de infinitas dimensiones. Se trata de infinitos productos complejos que no son objetos del saber, sino el resultado de muchos eventuales objetos del saber. Entre estos objetos está el lenguaje humano, entendido ahora como un órgano humano específico, un crecimiento particular en la especie.

Pero, ¿cómo es que sabemos del aspecto creativo de nuestro lenguaje? Es un saber intuitivo. Lo verificamos por introspección. La proposición “sé del aspecto creativo del lenguaje en uso” nombra un hecho del mundo que no se puede comprobar empíricamente, más allá de nuestra experiencia personal de ese conocimiento. No todo saber es intuitivo y verificable por introspección. Si vemos un gato cruzar la puerta del dormitorio hacia el pasillo, sabemos que el gato está afuera del cuarto, no adentro; ese es un conocimiento espacial inmediato. Lo podemos verificar empíricamente. Hay criterios externos para establecer que este conocimiento es verdadero. La proposición “sé que el gato está afuera de mi dormitorio” nombra un hecho que puede comprobarse. Si el gato no ésta afuera, el conocimiento, ese saber, no era tal. Si todos los humanos son mortales y Pedrito es humano, entonces, se sabe, Pedrito es mortal. Ese es un conocimiento “lógico” o formal. No lo podemos verificar empíricamente. Tampoco es intuitivo. Es explícito y articulado. No es empírico; es condicional. Sabemos que la bolita de la ruleta va a caer en un número rojo o uno negro. No es un saber intuitivo. Es un saber factual, por su contenido, y lógico, por su forma. Sabemos que si apostamos a rojo podemos ganar o perder. Si apostamos a rojo y a negro vamos a ganar y a perder (obviando el cero). Sabemos que la luz que percibimos es una parte ínfima del espectro electromagnético. Sabemos que lo que percibimos como colores distintos corresponde a distintas frecuencias de luz. No sabemos esto en forma intuitiva, pero podemos demostrarlo experimentalmente: el rojo es la onda más larga que podemos percibir, el violeta, la más corta. Igualmente, no podemos percibir toda esa energía que llamamos espectro electromagnético, pero sabemos que está allí. Se comprueba con instrumentos y se describe y explica con teorías. La lista de saberes continúa

indefinidamente. No tenemos igual conciencia o percepción de nuestros distintos saberes. Hay campos de aplicación y criterios de adecuación en cada caso. Los asuntos son específicos. Así como cambian los campos, cambian los criterios, cambian nuestras evaluaciones de los hechos y varía el tipo de saber que se produce.

2.2. Tampoco “adecuación” ni “regla colectiva” son objetos del conocimiento

¿Cómo sé yo que algo (en comunicación) es adecuado al contexto de uso? ¿Cómo sé yo que he entendido un discurso? ¿Hay criterios públicos o colectivos para la adecuación de las palabras?

Hay consideraciones previas en torno a “saber”. En lo que importa en forma preliminar, está, por un lado, el saber intuitivo: la certeza inmediata de un estado en nuestro organismo (fenómeno que en Wittgenstein transgrediría la gramática propia de “saber”). Está, por otro lado, el saber descriptivo del objeto: la puesta de un nombre y una definición al alcance de todos, en la que se acota la variedad o tipo y se mencionan las características del objeto. Está, por último, el saber explicativo: cómo opera el fenómeno; cuál es el mecanismo que produce el resultado del caso; cómo es el objeto que interesa conocer.

Adelantemos la pauta general de respuesta: Sabemos por intuición sobre la adecuación de los contenidos en la comunicación. Y sobre ese conocimiento (o facultad cognitiva) no sabemos nada. Aspiramos describir ese conocimiento, pero advertimos que las descripciones rápidamente se tornan triviales e irrelevantes, en el mejor de los casos; incoherentes y hasta alienantes la mayoría de las veces.

Topamos con un misterio. Tenemos intuición clara sobre la propiedad (adecuación, relevancia, pertinencia, vinculación, relación –son otros términos vagos que apuntan a este hecho, a este tipo de conocimiento que se manifiesta en la comunicación–) con la que se nos presentan los contenidos en los contextos. Igualmente, tenemos reacciones certeras sobre la impropiedad de los contenidos en contextos de comunicación. Nos encontramos con amplios ejemplos de esta impropiedad en el humor, en las literaturas del absurdo y del sinsentido, en manifestaciones de patologías mentales y, también, en incontables expresiones cotidianas que apuntan al hecho, expresiones como “nada que ver”, “chanchito en misa”, “no veo la relevancia de eso”, “haló, haló”, “no entiendo”, “parece que me perdí algo”, etc. Como se sabe, la impropiedad, de darse, se resuelve generalmente en el contexto mismo: la relevancia se recupera y la comunicación sigue su curso.

Esta recuperación de la relevancia es en sí prueba de la infinitud de aplicación de esta facultad, y de su naturaleza aparentemente inaccesible a nuestro entendimiento: En la comunicación normal, cuando algo se torna inapropiado, la impropiedad, resulta que no es tal; sino que el interlocutor requiere de datos adicionales para construir la adecuación del caso. De esta propiedad creativa del lenguaje en uso derivan los fracasos de los distintos intentos positivistas, estructuralistas y conductistas de dar cuenta de los significados del lenguaje, fracaso aún más patente en intentos similares pero menos sofisticados y, curiosamente, posteriores y aún vigentes, como los de la lingüística del texto y otras variantes de análisis del discurso. La noción de “coherencia” en lingüística del texto, por ejemplo, pretende explicar (algunas veces, analizar, otras, guiar, instruir, reglamentar) la adecuación contextual, pero no hace más que suponerla: nada se ha agregado al misterio de la adecuación del lenguaje en uso por el solo expediente de inventar un nuevo nombre y pegarle la exigencia trivial de adecuación.

(Estos intentos, me parece, son una variante moderna de esas antiguas clases de composición y literatura en nuestras escuelas, en las que se nos analizaba en forma subjetiva un texto, o se nos pedía componer bajo ciertos ordenamientos rígidos. Por razones que interesa desarrollar, más no en este espacio, estos disfraces (disfraz de novedoso, de crítico, de lingüística), franceses o de corte europeo continental, en general, han penetrado los programas de enseñanza en escuelas y universidades en nuestra parte del mundo. Se encuentran, por ejemplo, bien posicionados en las pautas generales que emite el Ministerio de Educación de Chile para formatear el sector Lenguaje y Comunicación. Causan gran daño de alienación en la población, e infinita pérdida de tiempo y de energía).

Para ilustrar: Supongamos la expresión “echaron a Rivano” como un uso adecuado ante el estímulo de una torta de chocolate en el contexto de un cumpleaños. ¿Qué tiene que ver? Nada que ver, para un positivista del lenguaje. Y, bien, quizás no sepamos qué tiene que ver; quizás nos faltan datos para interpretar; pero sí sabemos que, si hay expresión, hay adecuación, en principio, y, para obtenerla, podemos solicitar la información adicional al locutor del caso –supuesto y derecho tácitos de toda comunicación cotidiana–. La adecuación puede ser remota, por mera introducción de tópico; pero también puede haber vinculación de los contenidos o significados. Por ejemplo (y en una suerte de vinculación figurativa), el emisor nos cuenta que Rivano ha dejado una torta de recursos académicos y otros recursos materiales detrás de sí en la Facultad y que, así como en el cumpleaños en curso, los académicos festejantes comen de esa torta; o acaso nos cuentan que Rivano se llevó consigo la última torta académica que horneó, que era la que se querían comer los delincuentes detrás de su despido y que, a diferencia de los niños del cumpleaños, la pandilla se quedó sin torta; etc. Las posibilidades son infinitas. La adecuación es percibida en cada caso como algo cierto. Su descripción es la trivialidad misma de la interpretación de cada caso. Ninguna explicación del fenómeno de la infinitud siempre adecuada al contexto y de la certeza de esa adecuación está al alcance de nuestro entendimiento.

Intentos más sofisticados (que aquellos de la lingüística del texto y variantes similares) de dar cuenta de estos asuntos se encuentran en la tradición filosófica moderna. Está, por ejemplo, la doctrina de Frege de un conglomerado o acumulación de ideas o pensamientos comunes. Habría un lenguaje común. La existencia de estos productos, atesorados por el colectivo en algún lugar (supra-individual), podría dar cuenta de la adecuación e inadecuación de los contenidos: la adecuación o inadecuación se produce en la medida en que compartimos o no las mismas o similares ideas en algún contexto o en torno a algún asunto, en la medida en que tenemos o no tenemos los mismos o similares pensamientos, en la medida en que obtenemos o no obtenemos las mismas ideas. Estos objetos, los pensamientos, las ideas, conformarían un medio propio, distinto a la mente, y (en forma en parte análoga a la doctrina de Saussure del lenguaje como institución) los individuos accederíamos a ellos así como accedemos a algún recurso externo, como el dinero, para su uso particular. Los individuos tendríamos un acceso (y conocimiento) sólo parcial a estas reservas semánticas colectivas. Notemos en este breve espacio que estas doctrinas y nociones no resisten análisis: la imagen de ideas que “se tienen” o “se obtienen” así como se tiene un anillo en la mano o se obtienen dinero del banco es una figuración cotidiana de la que no debemos extraer en forma ingenua doctrinas científicas o del saber. Tampoco existe el lenguaje, o los contenidos lingüísticos, como una entidad social más allá del individuo que lo produce. Esta suerte de hiper-realismo lingüístico, con su doctrina del lenguaje como un ente supra-individual, parece un resabio de

la era romántica: las naciones, los pueblos, las instituciones, el arte, el lenguaje, la historia, toda la creación humana adquiriría vida; se animaba todo y nuevos entes supra-humanos aparecían en la realidad, entes con carácter y destino propios.

Otras alternativas actuales se guían por la dimensión conceptual y la experiencia humana y encuentran en la metáfora una suerte de paradigma para aproximarse a los temas del lenguaje y su adecuación. Si nos pusiéramos a medir la retención que un oyente desempeña del discurso original de un hablante –en palabras y frases reproducidas– tendríamos que concluir que retiene sólo un porcentaje ínfimo del total original. Además, nuestro oyente altera el original de varios modos: aparecen, en su reproducción, palabras que no estaban en el original, frases que no estaban y significados que no estaban. Por otro lado, si son varios los oyentes que estudiamos, nos encontraremos con que varía el tipo de deformación del original en cada individuo. El resultado apunta a un caos: no se puede predecir nada con respecto a lo que se retiene de un discurso original, ni a cómo este discurso original es transformado por el oyente. Lo anterior corresponde a un método cuantitativo dentro del campo del entendimiento discursivo y de la adecuación lingüística. De este método, tendríamos que concluir que no hay entendimiento discursivo entre humanos, que la evidencia en el plano de la memoria indica que los sujetos no son capaces de replicar los mensajes recibidos y que la producción de estas pésimas réplicas varía de individuo a individuo.

Algo está fallando con el método, porque es obvio que, independientemente de que no podamos reproducir exactamente lo que escuchamos, aun así lo entendemos. (Por ejemplo, a un colega dedicado a la administración le pregunté un día cuántas personas trabajan en la Universidad de Concepción. La mitad, me dijo. Tuve que reírme. Es como si me hubiera hecho cosquillas directamente. Entendí el chiste.)

Volvemos a la pregunta: ¿Cómo es que entendemos? Una teoría popular por doquier (también en círculos académicos) nos dice algo así como lo siguiente: el hablante produce ideas en su cabeza, las que luego transforma al código lingüístico y transmite al oyente. El oyente, por su lado, conocedor del código, transforma las palabras a ideas en su cabeza. Las ideas de ambos son las mismas, porque comparten un mismo código. Siendo las ideas las mismas, hay entendimiento: el entendimiento es el traspaso de ideas de una mente a otra, a través de un código común. No son, entonces, las palabras, sino las ideas lo que cuenta. La teoría popular (que, como dije, también es popular en la academia) está lejos de ser ciencia; está lejos de constituir una hipótesis cotejable. De hecho, hay razones para pensar que está basada en ciertas confusiones. Sin embargo, independientemente del asunto de su coherencia, verdad o adecuación, *en* esta teoría popular se manifiesta algo que sería central en relación a lo que es el entendimiento humano en el plano del discurso, de cómo se fabrica este entendimiento y de los usos que se producen a partir de esta producción, a saber, las metáforas. Cuando alguien me dice que el entendimiento discursivo es el traspaso de ideas de una mente a otra, está implicando una concepción muy particular de lo que son las ideas, lo que son las mentes y lo que es el entendimiento. Como interlocutor, yo no tengo dificultades en entender lo que se me dice, independientemente de que logre reproducirlo palabra a palabra. En este caso, el tipo de entendimiento que estaría operando puede resumirse así: LAS IDEAS SON OBJETOS, LA MENTE ES UN CONTENEDOR, EL ENTENDIMIENTO ES TENER (ESTOS) OBJETOS EN EL CONTENEDOR, LA COMUNICACION ES PASAR (ESOS) OBJETOS DE UN CONTENEDOR A OTRO. Surge el siguiente cuadro en torno a la adecuación del lenguaje en uso: un sistema conceptual, en el que la metáfora es operación central, ofrece un marco

de producción y comprensión de lenguaje, una manera de hacer y entender los mensajes que determina al lenguaje en uso. El sistema existe en nosotros, desde que hablamos el lenguaje del caso. No necesitamos reproducir una réplica del mensaje, porque lo que importa para entender el mensaje ya está duplicado en nosotros: pertenece al sistema que opera con el lenguaje, a nuestro bagaje adquirido. Esto explicaría el hecho de que no podamos reproducir un mensaje, pero sí logremos entenderlo. Contamos con una instrucción básica que nos conduce tanto a producir como a interpretar un mensaje de una cierta manera. La metáfora LAS IDEAS SON OBJETO, por ejemplo, es una instrucción que nos dice, básicamente: piense, organice, codifique y actúe como si las ideas fueran objetos. Otro tanto vale para las metáforas LA MENTE ES UN CONTENEDOR, LA COMUNICACION ES TRASPASO DE OBJETOS, ENTENDER ES TENER OBJETOS-IDEAS EN EL CONTENEDOR-MENTE. La forma particular del mensaje puede variar, como cuando hablamos de “cinco ideas”, o “una idea articulada”, cuando hablamos de “meterse una idea en la cabeza”, “recibir muchas ideas”, y de “dar ideas”, pero no varía el formato de fondo, el marco conceptual con el que se construye y se emplea el mensaje del caso.

Hay mucho que agregar en torno a estos enfoques sobre metáfora y a la relación que habría entre sistema conceptual y usos lingüísticos (vid, e.g. Ortony, Andrew (ed.) *Metaphor and Thought*, Cambridge University Press, 1979; Lakoff, George & Mark Johnson *Metaphors We Live By*, University of Chicago Press, 1980; Rivano Fischer, E. *Metáfora y Lingüística Cognitiva*, Santiago, Chile: Bravo y Allende Editores, 1997 y *Seven Lessons on Metaphor*, Santiago, Chile: Bravo y Allende Editores, 2002). Comentemos brevemente que las ideas y herramientas, si bien “amistosas”, son de baja precisión. Por ejemplo, nada hay que relacione forma lingüística con forma conceptual. Por otro lado, esta última aparece como una hipótesis sin mayor evidencia y sin forma cotejable. De modo que, por ejemplo, cuando se dice que el sistema conceptual determina el lenguaje, no se ha dicho nada aún: no sabemos cómo sería esa determinación. Por el lado de la forma lingüística, es decir, las propiedades formales de las expresiones lingüísticas, vemos que no son efecto de nada externo que se vislumbre. Por el lado de los usos lingüísticos, como se ha dicho, son libres e infinitos y nada logramos establecer que determine su adecuación.

Otra línea actual de respuesta al asunto de la adecuación se asocia a ciertas doctrinas y comentarios de Wittgenstein (posteriores al *Tractatus*, texto que en sí representa un universo de doctrinas, menos vigentes, vinculadas a estos temas). En este contexto, aparece la noción de “regla” y los comentarios en torno al fenómeno de “seguir una regla”. La noción implica que habría un estándar que justifica la adjudicación (o no) de la adecuación del caso. Así, podríamos señalar el seguimiento o no de una regla en un contexto de habla particular. El estándar es, nuevamente, un producto inter-subjetivo o colectivo. Desarrollos como el anterior son muchas veces lecturas o aplicaciones particulares de las nociones, también wittgensteineanas, de “juegos del lenguaje” y “formas de vida”. Estas doctrinas han sido ampliamente comentadas. Baste en este espacio decir que no hay estándares comunes para determinar lo que es “seguir una regla” en un caso dado de comunicación cotidiana. La infinitud de uso aplica aquí igualmente. La noción metafórica de “juego del lenguaje” confunde: no hay reglas, ni jugadas, ni piezas, ni restricciones, ni logros predeterminados, ni nada en ese plano que rija al uso del lenguaje. La comunicación ocurre sin apelación o intervención de reglas externas, colectivas, inter-subjetivas. La noción de regla externa no tiene curso en lingüística, habiéndose establecido la imposibilidad de saber sobre el uso creativo del lenguaje.

Por su parte, los significados son creaciones individuales complejas. Se trata de productos parcialmente análogos a los (“más simples”) latidos del corazón. Así como los latidos del corazón (y el órgano mismo) son similares de un individuo a otro, así también los significados lo son. Pero no lo son porque se apele a un estándar u orden externo, una suerte de súper-supra-corazón, sino porque, de hecho, son productos del “mismo” órgano. Los latidos son manifestaciones relativamente parecidas de individuo a individuo (relativo a nuestra percepción). No así las expresiones lingüísticas, que son manifestaciones infinitamente más complejas y más patentemente individuales. El cardiólogo se maneja con modelos generales o abstractos del órgano y sus funciones con vistas a sistematizar su labor de diagnóstico y tratamiento. Eso es práctico. En ningún caso cree el cardiólogo que existe un súper-supra-corazón en algún lugar, objeto ideal, colectivo o institucional hacia el que nuestros corazones particulares tenderían o se aproximarían en perfección o diseño. Con el lingüista, no tenemos el requerimiento práctico, por lo que los modelos o abstracciones del caso no deberían llevarnos a ninguna confusión. Sin embargo, la confusión se produce. Abunda, de hecho.

El arraigo en las comunidades de la creencia en un súper-supra-lenguaje es un hecho que debería llamar nuestra atención. En mi opinión, esto se debe en buena medida a que las disciplinas que se apropian institucionalmente del lenguaje están constantemente sirviendo propósitos de instancias de poder social ajenas a los propósitos disciplinarios mismos. Los propósitos institucionales son otros: distanciar a la población de su lenguaje y aplastarla con un súper-supra-lenguaje.

2.3. Tampoco “conciencia” es un objeto del conocimiento

¿Qué conocimiento consciente cabe a un individuo sobre su propio lenguaje?

Los términos “conocimiento”, “conciencia” y “consciente” pertenecen al vocabulario común. No tienen definición de objeto (del saber) en ese plano. Aparecen en mil contextos, en los que se determinan cada vez. Lo propio ocurre con todo otro término del vocabulario común en uso cotidiano. Cualquier pretensión de rigurosidad semántica, de definición de estos términos en ese plano, está fuera de lugar. Los términos se pegan con otros términos bajo las reglas sintácticas de generación infinita y se emplean libremente en impredecibles contextos. Como ocurre con otros términos (en los procesos de composición léxica), también éstos aparecen en pegados más regulares: “tener conciencia de algo”, “estar consciente de algo”, “ser consciente de algo”, “tomar conciencia de algo” “recuperar la conciencia”, “perder la conciencia”. Estas distintas formas verbales a partir de estas bases indican, en parte, cierta plasticidad de la raíz. En ningún caso, debe extraerse de estas formas la conclusión (alienante) de que “conciencia” refiere un objeto (por ser un “mismo” nombre y estar en posición objetiva en la frase, ser algo que “se tiene”, “se recupera”, “se pierde” “se toma”), o que “conocimiento consciente” refiere a un estado definido. Cuando se hacen variar estos términos y expresiones en usos típicos, el número de acepciones aumenta indeterminadamente. Como se advierte, no estamos ante un objeto del saber, un referente de estos términos. En tanto palabras del vocabulario común, estos términos no refieren en ese sentido. Proyectan su infinito potencial en nuestros infinitamente variables asuntos cotidianos. Y esas funciones y otras similares, se comprobará, se cumplen también muchas veces por otras expresiones (e.g. “saber algo”, “conocer algo”, “percibir algo”, “estar al tanto de algo”, “tener algo en mente”, “advertir algo”,

“intuir algo”, “pispar”, “vislumbrar algo”, “reconocer algo”, “caerle la teja a uno”, etc.). Lo propio se produce en las otras lenguas.

Restringiendo esta variedad infinita y ubicando los términos en un lenguaje no común, en un “lenguaje especializado” (en parte, un no-lenguaje, de hecho), podemos entender por conciencia de algo la percepción inmediata de ese algo. La conciencia, en este sentido más académico (un tanto inocuo, pero no alienante, en lo que vale), es el hecho de percibir uno algún estado (en nuestro organismo): el recuerdo de un rostro, la percepción visual de un tono rojo en el horizonte, la audición de un pájaro cantando (o de una “a” en una palabra o de una rima en un verso), la percepción de concordancia sintáctica en una secuencia de palabras (o de aberración sintáctica), el entendimiento del significado de un término, la percepción de racionalidad en un razonamiento (o de contradicción en una propuesta), dolor de muelas, angustia, miedo, hambre, cansancio. Tenemos acceso directo a estas experiencias; Conciencia 1. Lo sabemos por introspección; Conciencia 2.

De modo que tenemos acceso (Conciencias 1 y 2) a todos los niveles superficiales (externos, manifiestos) del lenguaje: sonido, significado, sintaxis, usos estéticos, usos retóricos, usos filosóficos, usos sociales. Eso podría ser “conocimiento consciente”.

Pero no tenemos acceso ni a las propiedades ni a los mecanismos que hacen posible estos accesos. No los percibimos. No percibimos, por ejemplo, aquello que produce que yo escuche rima en un verso, ni aquello que hace que entienda una palabra, ni lo que causa que perciba anomalía sintáctica o semántica o fonética o argumental. No percibo los mecanismos que hacen posible esas percepciones. Las percepciones están allí, la conciencia (Co1) está allí, pero no percibo cómo, no tengo conciencia de cómo (Co3). Intentamos a través de observación, experimentación y construcciones teóricas inferir partes de esos mecanismos. Eso no nos ofrece conciencia del mecanismo en los sentidos 1 y 2, sino conocimiento, un nombre que damos a la relación que se produce entre nosotros y un conjunto contundente de evidencias, razonamientos y conclusiones explicativas sobre algún tópico, o al resultado de esa relación. Es el “saber explicativo”. Podemos llamar a eso Conciencia 3, pero hay un salto cualitativo entre esta última y Co1 y Co2. Co3 trata de elaboraciones externas (productos “conscientes” en este otro sentido): intentos inteligibles, rigurosos, explícitos, empíricos, tentativos (reemplazables), colectivos, explicativos de entender los fenómenos del mundo (incluyendo los fenómenos “internos”, o “mentales”, en la medida de lo posible); en cambio, Co1 y Co2 tratan de funcionamientos orgánicos (internos, individuales) ineludibles.

Aparte del saber explicativo (Co3) y de los saberes inmediatos (Co1 y Co2), producimos un “saber descriptivo”, Co4, es decir, ordenamientos “lingüísticos” (terminológicos, conceptuales, simbólicos, lógicos, taxonómicos) de los contenidos. (Como se aprecia, en términos de estas distinciones, estas notas se inscriben más bien en Co4 —el nombre que le damos a los tipos de conocimiento que resultan de definir y poner nombre a los fenómenos, describirlos e inscribirlos en procesos mayores, describir conjuntos de procesos, ordenar los procesos (en secuencias temporales, lógicas, jerárquicas, u otras), destacar, enumerar, relacionar las conclusiones, derivar conclusiones adicionales, que se siguen de las ideas y de los conceptos producidos por Co3, aclarar conceptos, reproducir o divulgar conocimiento Co3 en el lenguaje más accesible de Co4, eliminar confusiones, contradicciones y errores en las presentaciones—.)

Estos tópicos tienen, claro, amplio historial en los registros del pensamiento. Por ejemplo, en el *Menón*, Platón introduce el argumento del conocimiento independiente de la experiencia, antes de ella, a priori, innato. Un joven esclavo es interrogado sobre problemas

matemáticos, asuntos sobre los que no tiene conciencia, ni entrenamiento (como las relaciones de proporción entre cuadriláteros); sin embargo, a través de la interrogación, se revela conocedor de los principios en juego. En terminología de Platón, traemos (de manera impura o defectuosa) estas formas eternas del conocimiento con nosotros al nacer (de una experiencia pasada, en la que hemos conocido las formas divinas –hipótesis que sabe ahora a misticismo, pero que, pasada por el filtro genético de nuestra era readquiere sentido). Este es un conocimiento que podemos “recordar” a través de la inspección racional, por ejemplo, a través del método dialéctico. No tenemos conciencia de esas formas (no sabemos (S2) que las sabemos (S1)), pero podemos traerlas a la luz a través del diálogo, del razonamiento, de la investigación. Podemos conocer o saber de este conocimiento, no a través de los sentidos, sino de la razón. En este capítulo de la historia de las ideas, se articula de cierta manera la distinción que nos interesa. En el *Cratilo*, el tema del lenguaje aparece en primer plano: ¿Hay un lenguaje correcto, un lenguaje que expresa la realidad en forma apropiada? ¿Hay formas lingüísticas que son las correctas para representar la realidad, a través de las cuales el hablante tendría conciencia inmediata y adecuada de las cosas del mundo y, anotemos, del lenguaje mismo? Sócrates se inclina por esta tesis de Cratilo y rechaza el convencionalismo pragmático de Hermógenes: así como hay unidad (ideal) en la realidad (e.g. la templanza, como virtud idéntica en distintas personas, rasgo universal compartido, la justicia, en sí, más allá de sus manifestaciones particulares en la experiencia, común a estas distintas manifestaciones), habría unidad en el lenguaje, el nombre apropiado/real/ideal de la cosa. Habría sonidos adecuados a ciertos significados y otros menos así. Desde perspectivas y objetivos racionalistas distintos, Leibniz reactualiza el proyecto de un diseño de lenguaje perfecto, cuyos símbolos son los elementos mismos del pensamiento, un lenguaje de caracteres universales. Este lenguaje representaría en forma unívoca y directa las ideas, los pensamientos, los conceptos. Sería, entonces, un sistema lingüístico totalmente transparente a la realidad (racional) y a sí mismo. Un lenguaje así haría posible tener conciencia de todos los aspectos del lenguaje. Por su superioridad, eliminaría a las otras lenguas. Sería el lenguaje universal del hombre.

Estas distintas aspiraciones no tienen éxito. Los intentos se suceden, pero no dan fruto. Los dos “períodos” de Wittgenstein representan notas claras del fracaso de este proyecto. El lenguaje no representa la realidad, ni representa la lógica, ni representa el pensamiento. No puede haber un lenguaje perfecto ni un lenguaje objetivo. El proyecto es una ilusión, un error (garrafal) de la filosofía, causado en parte por la propia apariencia del lenguaje, su “gramática superficial”. Las doctrinas de las palabras como nombres de cosas y las oraciones como representaciones de hechos han seducido y ofuscado nuestro entendimiento. El lenguaje no retrata la realidad. El lenguaje en uso es como una caja de incontables herramientas con las que se hacen cosas. El lenguaje aparece en infinitos contextos, cada uno de los cuales define su propia “gramática”, sus propias reglas de acción e interpretación lingüísticas. Cuando el lenguaje está en uso, no hay conciencia sobre el uso de las herramientas. La conciencia aparece cuando hay algún problema, algún error que impide la comunicación, que traba la coacción humana. La conciencia aparece para corregir el error, para recuperar el curso de acción (y hacer inconsciente el funcionamiento). Es decir, la conciencia juega un papel práctico y pasajero en el lenguaje en uso. Es un procedimiento para ajustar o reparar algo y luego seguir funcionando (calibrar un término, poner un nombre, descifrar un mensaje, acordar una interpretación, etc.). La actividad que llamamos filosofía es un equívoco; es una profesión

que supone justificada por sí misma la actividad de mejorar (sanear, corregir, perfeccionar) el lenguaje, de revelar las ideas, de definir los términos, de aclarar los conceptos: depurar el lenguaje sin propósito alguno, otro que el de establecer claridad (en sí). La filosofía aparece así como una serie extraordinaria de intentos obstinados de reparar las herramientas sin que éstas muestren falla alguna; intentos de corregir el lenguaje no habiendo problema a mano alguno que corregir; intentos de perfeccionar el lenguaje no existiendo el desperfecto. El supuesto dispara a la filosofía fuera de las órbitas habituales, prácticas, reales del lenguaje humano, hacia órbitas extrañas, irreales, insubstanciales. Lo que queda del filósofo en Wittgenstein, en cambio, es un crítico cuya función es la de derribar la filosofía cada vez que ésta nos pone en órbita; desarticular a cada paso el producto alienante de la lógica sin materia; inhibir incesantemente el impulso de establecer claridad trascendente, conceptos puros, razón formal, verdad descontextualizada.

Retomamos el tema: **¿Qué conocimiento consciente cabe a un individuo sobre su propio lenguaje?** Visto ahora desde estas consideraciones pragmáticas, y puesto en líneas gruesas, habría que decir que los hablantes tenemos la competencia de resolver los problemas que se nos presentan con el lenguaje en cualquier dimensión que éstos se manifiesten (sonido, significado, sintaxis, uso). Es decir, si algo es un problema en un contexto de uso de lenguaje, entonces somos, *ipso facto*, conscientes de ello, (Co5), y procedemos a resolver el asunto con las herramientas a mano.

2.4. Tampoco es “causalidad entre lenguaje y mundo” un objeto del conocimiento

¿Hay relación de causalidad entre mundo externo y lenguaje? Distingamos, por lo pronto, lenguaje en tanto facultad del lenguaje, por un lado, y lenguaje en tanto uso del lenguaje, por el otro. El mundo externo no se relaciona causalmente con el lenguaje en tanto facultad mental. Es decir, la forma de esta facultad, sus propiedades y mecanismos (e.g. mecanismos de co-referencia, la concordancia, las propiedades que producen el efecto llamado principio de A sobre A o las propiedades que producen el mecanismo de desplazamiento de palabras en las estructuras), es específica; no se relaciona, por ejemplo, con las formas de los eventos físicos que rodean nuestra vida diaria (el viento, la lluvia, la fuerza de gravedad, un terremoto, el sol, el frío, etc.). Tampoco se relaciona causalmente la forma de esa facultad con formas biológicas o sociales que coexisten en nosotros o que nos rodean a diario (nuestro riñón, nuestra nariz, nuestra vista, nuestra audición, nuestra respiración, nuestra mamá, nuestra familia, nuestro barrio, nuestro trabajo, etc.). La facultad del lenguaje es independiente de estas otras formas. Tampoco podemos derivar la forma de la facultad lingüística a partir de alguna o algunas de estas formas a lo largo del tiempo; es decir, nada indica que la facultad del lenguaje sea el resultado de un proceso extendido, paulatino de confrontación de algún órgano humano o conjunto de ellos con alguna o algunas de estas otras formas externas, es decir, un proceso de adaptación y selección. Se trata de formas independientes. Suponemos por fuerza conceptual que hay derivación desde las características moleculares a las de las células, los órganos y los organismos. Pero eso no significa que haya relaciones causales entre las múltiples formas producidas. (No desarrollaremos aquí sobre lenguaje y evolución, pero señalemos que no hay ninguna explicación satisfactoria en términos evolutivos de la facultad del lenguaje humano; lo más razonable es suponer que se trata de un órgano cuya aparición sólo indirectamente se relaciona con factores evolutivos).

Por otro lado, el uso del lenguaje, las infinitas aplicaciones en las que el lenguaje se involucra, tampoco se relaciona en forma causal con formas como las mencionadas. Por ejemplo, no hay una derivación unívoca desde un contexto de tormenta o terremoto hacia uno de expresividad. La persona acaso grita “socorro” o exclama “esto no puede estar ocurriéndome a mí” o “mamá” o “anunciaron una brisa, ¡y miren esto!” o comienza a rezar o le escribe una oda a Zeus. No puede anticiparse el efecto que una tormenta tendrá sobre la expresividad de un individuo. Tampoco hay derivación causal hacia la expresividad desde un contexto de movimiento del cuerpo, de enfermedad, de estado emotivo, de ingestión de comida, de juego, de fiesta, de tortura, de propaganda, de persuasión, de adoctrinamiento, de educación. Simplemente, no hay relación causal entre eventos y uso del lenguaje.

Curiosamente, estas nociones conductistas se encuentran en la base de tendencias y propuestas supuestamente progresistas del quehacer académico, como las de la lingüística del texto y del análisis crítico del discurso. No tan curiosamente, estas mismas premisas del comportamiento humano se reencuentran también en programas oficiales de educación en lo que a lenguaje y comunicación respecta. Pero las premisas son falsas, si bien alimentan aparatos de cohesión y adoctrinamiento y a contingentes de funcionarios del conductismo lingüístico (sí, los profesores, aunque los hay también críticos y muchos y buenos).

¿Posee el lenguaje algún poder causal sobre el mundo externo? La frase “algún poder causal” es vaga. La discusión es informal, pero es necesario precisar lo que se va a entender por “causa”. La expresión “algún poder causal” podría interpretarse, por ejemplo, en el siguiente sentido: si un sargento de un regimiento da la orden de abrocharse los bototos a los conscriptos, éstos obedecerán. Entonces alguien podría decir que el sargento (o su orden) causó ese comportamiento. Ese es un uso particular del término. Pero si por “causa” entendemos, por lo pronto, una relación estable de algún tipo entre eventos, entonces el ejemplo no ilustra tal relación. No hay ninguna relación causal allí entre lenguaje y comportamiento, sino una relación de poder o de jerarquía o de papeles entre sargento y conscripto, que es asunto muy distinto. Esta relación de poder entre el sargento y sus conscriptos no sólo no es entre lenguaje y mundo, sino que tampoco es una relación causal (si concedemos que el rasgo de estabilidad es parte del fenómeno de la causalidad). Y es que no hay estabilidad en esa relación de poder. No hay “causa”. Como sabemos, los ejércitos, entre otras organizaciones, se establecen bajo la premisa de que la relación es causal. Se basan en la premisa de la disciplina, de que ha de establecerse una relación causal (estable, confiable, mecánica) entre instrucción y operación, entre el comando y el acatamiento de la orden, entre lenguaje y comportamiento. Que tal relación de causalidad no existe ni siquiera en la actividad militar se comprueba todo el tiempo; se aprecia, por ejemplo, en los miles de conflictos que requieren en forma urgente y vital del seguimiento de órdenes o instrucciones. Estas muchas veces no se obedecen: los soldados se ocultan, se hacen los muertos, huyen, roban, ultrajan, violan, torturan, queman, matan por cuenta propia, etc. O simplemente no entienden la instrucción, cometen errores de procedimiento, etc. Es decir, no hay de hecho tal relación causal. Como se ha dicho, todos tenemos la intuición clara de que no hay tal relación. No nos sentimos obligados en forma uniforme e inapelable a nada que tenga que ver con lenguaje en uso. No por ello se pierde la adecuación en los infinitos contextos que nos requieren.

Retomamos la pregunta: ¿Hay relación de causalidad entre mundo externo y lenguaje? Si eliminamos de la pregunta el término “causalidad” podemos dar una respuesta positiva: el lenguaje se ve involucrado en infinitas relaciones de poder, de control, de manipulación en el mundo. Pero de esas infinitas relaciones de poder no logramos extraer leyes causales entre

lenguaje en uso y mundo (o comportamiento humano, o actitud, o disposición, o creencia, etc.). Si intento convencer a mi audiencia en la Plaza de Armas de que el fin del mundo se aproxima, de que viene el Apocalipsis, quizás logre asustar a alguien, o logre que otro lea el evangelio de Juan, o que se acerque a mi parroquia, o qué se yo. Quizás logre mi propósito. Quizás no. Quizás sólo consiga que se rían de mí, o que me insulten. Quizás no logre nada. Estamos hablando de leyes causales, no de “algún tipo de relación”. Por supuesto que hay, por ejemplo, manipulación intencionada del lenguaje. La hay en la propaganda, en la terapia conversacional, en el psicoanálisis, en el aula y la clase programada, en la diplomacia, en la ideologización filosófica, en el adoctrinamiento político, en el adoctrinamiento religioso. La hay en los infinitos contextos de interacción humana en los que las partes intentan algo a través del lenguaje. Pero la causalidad es una relación unívoca y estable entre eventos. Habrá quienes pretendan poseer recetas de manipulación lingüística. Y hay sin duda más de alguno con algún “éxito” o resultado significativo que mostrar. Encontraremos que ese eventual éxito no es causal, y que depende de factores adicionales impredecibles e independientes del lenguaje.

Por otro lado, es claro que la facultad del lenguaje se usa en nuestra apropiación del mundo; genera formas con las que nos relacionamos con el mundo, con las que funcionamos en el mundo. Así como el sentido visual genera formas, o el auditivo, o el gustativo, así también el lenguaje. Las formas y los mecanismos de su formación escapan a nuestra conciencia. Percibimos a través de ellos, pero los usamos sin percibirlos. Obramos como si expresaran la realidad, pero sólo expresan sus propias formas. La facultad del lenguaje es el sentido *lingüístico* humano. Esta facultad de la especie determina (“causa”) su propio entorno “perceptual”, su “mundo”. En ese sentido (inocuo), puede decirse que el lenguaje causa el mundo; genera el mundo del lenguaje.

2.5. Tampoco es el uso del lenguaje un objeto del conocimiento

¿No podemos enseñar el uso del lenguaje así como el uso de objetos como un lápiz, un mapa, una herramienta cualquiera? Si, como se ha dicho, no sabemos nada sobre el uso del lenguaje, ¿cómo sabemos, no obstante, que lo usamos? ¿No podemos aproximarnos a saber sobre el uso del lenguaje desde lo que sabemos sobre los usos en general?

Este complejo de preguntas trae algo que recuerda una paradoja clásica. La paradoja puede presentarse de muchas maneras; por ejemplo: ¿cómo sé yo que he adquirido un conocimiento, un cierto saber que no tenía, si, no teniéndolo, se sigue que no puedo reconocerlo (por lo que tampoco puedo saber que es justamente ese conocimiento el que he adquirido)? Otra manera de exponer esta paradoja es: ¿Cómo puedo buscar una verdad? Si no la conozco, no podré reconocerla cuando me tope con ella. Y si la conozco, no estoy, propiamente, buscándola, porque ya la tengo. Estas suertes de trampas sofísticas están muchas veces diseñadas para paralizar el proceso dialógico, deslumbrar a la audiencia y dejarla perpleja, inmovilizar a los protagonistas del diálogo. En este caso, se quiere implicar que la búsqueda del conocimiento es imposible; que la búsqueda de la verdad en el recorrido dialéctico va a dar a la aporía, al tope brusco y embarazoso del decurso de la razón. El diálogo procede por la revisión dialéctica de los términos y de los conceptos, torna izquierda aquí, retrocede acá, torna derecha allá; busca el conocimiento; busca la verdad; avanza por las bifurcaciones del laberinto del discernimiento discursivo, avanza hasta que topa con algo, algo tenebroso, perturbador, un bloque que le impide seguir... ¡Es un minotauro!

La salida de Sócrates/Platón a este dilema particular es instalar otro minotauro, que expulsa al anterior de una sola toreada. Ya hemos mencionado a este animal: Ocurre que hemos olvidado la verdad; saber es recordar el conocimiento, recuperar la memoria de las formas reales, divinas, universales, eternas, formas que conocimos en una vida pasada y que sólo confusamente logramos percibir o recordar en ésta; en forma engañosa, por los sentidos, en forma más certera, por la razón.

Las paradojas se producen por forzar el lenguaje común, empujarlo fuera de su infinita, pero no arbitraria, jurisdicción; sacarlo de los contextos de aplicación que le son apropiados; exigirle, por ejemplo, que sea un instrumento de precisión para el conocimiento (Co3), pretender que las herramientas del lenguaje cotidiano son herramientas de la ciencia; ignorar el potencial infinito de los términos, la propiedad de plasticidad de los conceptos comunes en los incontables, cambiantes, impredecibles y pasajeros contextos en los que lo empleamos. La forma misma del lenguaje nos confunde. En este caso, el término “saber” es usado confusa e indistintamente en cualquiera de sus acepciones, a la vez que se pretende, se supone (ingenuamente, y por tratarse de una misma palabra) que nombra en forma coherente una cosa, algo definido, algo estable. La exigencia de estabilidad que suponemos en las cosas (en propiedades que, por cierto, en general y en términos cotidianos, éstas tienen, como forma, sustancia, unidad, permanencia, identidad) se transfiere ahora al término. Pero la pretensión fracasa y se produce la parálisis. Significados como los esbozados anteriormente bajo los rasgos Co1, Co2, Co3, Co4 y Co5 han entrado confusamente al juego discursivo. Pero Co1 es inconsciente e implícito, Co2 es conciencia introspectiva, Co3 es producto reflexivo, experimental, explícito, externo, explicativo, Co4 es el saber descriptivo, Co5 es un “saber hacer” y “saber proceder” –nociones que proyectan, cada una, amplios espacios de nuevos rasgos–. Desglosado o desambiguado “saber” de esta manera, constatamos que puede haber Co1 y Co2 y no Co3, que puede haber Co1 y no Co2, Co2 y no Co5, Co3 y no Co4, etc. No hay contradicción. No hay paradoja. La alineación y la paradoja se producen por usar un término común en un ámbito no común; por suponer validez general de uso en los términos, ignorando los nuevos ámbitos de aplicación y restringiendo la discusión a las meras palabras; por sucumbir ante las primeras señas de inconsistencia conceptual que asoman. Se producen por sacar un término de un lugar común de aplicación y ponerlo a trabajar en un plano extraño, sin la calibración que ese movimiento requiere. La alienación filosófica es la pretensión de buscar los principios y las propiedades de las cosas del mundo por medio del lenguaje natural; la ilusión de ver lo verdadero, lo universal, lo esencial a través de los términos cotidianos. La paradoja se produce en las permanentes contradicciones que estos intentos producen las incoherencias, inconsistencias, aberraciones, circuitos circulares, espirales, series infinitas, absurdos a los que somos arrojados constantemente por emprender las ceñidas travesías del conocimiento (Co3 y, en parte, Co4) embarcados ciegamente en esos cohetes de incontables e impredecibles propulsiones y trayectorias que son las palabras comunes. En estas encrucijadas discursivas, de estas contradicciones y paradojas surgen los mitos filosóficos.

Retornemos al cuestionamiento inicial. Se sostiene: Es posible enseñar el uso de varios objetos distintos al lenguaje (e.g. un lápiz, un mapa, un alicate). Si no sabemos nada sobre el uso del lenguaje, ¿cómo sabemos, no obstante, que el lenguaje se usa?

Advirtamos nuevamente: el lenguaje no es un objeto. La forma del lenguaje puede confundirnos, en este caso, el hecho de que la palabra “lenguaje” sea un nombre como “lápiz” o “mapa”. No debemos extraer conclusiones metafísicas ni epistemológicas de ese hecho

gramatical. Lo propio cabe decirse de la palabra “enseñar”: no nombra una actividad definida; es un término común. ¿Es posible enseñar a usar un lápiz? La pregunta es demasiado general; no puede responderse; no es una pregunta, propiamente. Notemos, primero, que lo que se “enseña/aprende” es específico, no general. Y no se enseña un método en abstracto (e.g. el uso de un instrumento, en sí) sino una meta, un propósito. Es decir, no se enseña, por ejemplo, a usar el volante, sino a conducir un auto por las calles. En el lenguaje cotidiano, la especificación se marca en el propósito de la tarea. Los instrumentos no se enseñan/aprenden en términos focales. No hay métodos, no hay reglas que se enseñen/aprendan en términos focales, sino sólo como medios hacia los propósitos (y, entonces, claro, no hay reglas, porque hay variación libre sobre los medios para obtener un propósito, y porque los propósitos se suceden en forma inesperada, novedosa). De modo que hay que especificar: (“enseñar/aprender el uso de un lápiz para”) rayar sobre una superficie que le indica a un piloto dónde soltar las bombas, dibujar caricaturas de personas, transcribir alfabéticamente, pintarse los labios, reproducir ideogramas chinos, inscribir la puntuación de un texto, escribir párrafos, hacer mapas, hacer figuras geométricas, calcular relaciones espaciales, hacer dibujo técnico, marcar cortes de carpintería en la madera, registrar ovejas en un rancho, escribir música, anotar correcciones a un corrector de imprenta, entre incontables otros usos. No se enseña a usar un lápiz a secas. Eso sería, acaso, enseñar a tomar un lápiz. Pero esto último no es lo que interesa (patologías aparte, pero bajo el mismo principio de funcionamiento). Allí hay, entonces, “usos varios de un lápiz” (es más adecuado decir “actividades varias en las que se usa un lápiz”). Advertimos, entonces, que el lápiz en sí es subsidiario en estos usos. Los propósitos son otros. Estos usos o actividades se pueden “enseñar y aprender”, hasta un cierto punto y cada uno a su manera (formal o informalmente, implícita o explícitamente, directa o indirectamente, por exhibición, por ejercitación parcial, por práctica total, por error y corrección, por integración, por empleo individual, por inducción, por deducción). Así también, se puede, hasta un cierto punto y cada asunto a su manera, “enseñar y aprender” a “usar el lenguaje” en las actividades de construir una casa, asistir en una operación quirúrgica, comprar en un supermercado, redactar una ley, describir una enfermedad, componer música, producir un soneto, ayudar a las personas a resolver sus problemas de pareja, leer el tarot, revelar propiedades del vino, manejar un bus, atender una farmacia, reparar un auto, controlar la productividad en una empresa, entregar un informe del tiempo, manejar una grúa en un puerto, y un sinnúmero de otros propósitos en los que el lenguaje puede y suele emplearse.

Estamos en Co5, la dimensión de los procedimientos, del saber hacer. No estamos en Co3. No enseñamos los procesos fisiológicos y mentales que hacen posible la articulación y coordinación de mi mano con el instrumento lápiz para producir, por ejemplo, el mapa de un lugar. Al momento de enseñar un uso particular del lápiz, no se enseña aquello que hace posible que aprendamos ese uso particular del lápiz, las propiedades y los mecanismos que producen el hecho de que yo pueda, por ejemplo, generar mapas en forma adecuada. Eso no se enseña en las prácticas, usos o actividades que mencionamos (y, de hecho, no mucho de eso se sabe, en el sentido de Co3).

Procedamos con la parte paradójica del complejo: Si no sabemos nada sobre el uso del lenguaje, ¿cómo sabemos, no obstante, que el lenguaje se usa? Como se ha dicho, sabemos en los sentidos Co1, Co2, Co4 y Co5 sobre los usos del lenguaje. No logramos producir conocimiento sobre éstos en el sentido de Co3. El término común “saber” está siendo aplicado en un contexto o dispositivo nada común. En la pregunta, se han infiltrado todos los rasgos

de “saber” en un contexto en el que, de partida, por premisa, uno de estos rasgos no juega. En particular, el rasgo Co3 se excluye en la premisa, pero se incluye en la pregunta, de ese modo aparentando estar y no estar a la vez. Se produce así la perplejidad, la sensación de paradoja. Desmontando el equívoco se anula su efecto paralizante y retorna la normalidad.

Continuemos: ¿No hay en este conocimiento de que el lenguaje es algo que puede ser usado al menos una primera aproximación a explicar los usos del lenguaje, en la medida en que algo sabemos sobre los usos en general (o sobre lo que significa usar algo)? Ya se ha dicho, es un hecho que tenemos Co1, Co2, Co4 (en parte), y Co5 sobre nuestros usos lingüísticos. Y es un hecho que no logramos producir Co3 sobre ellos. No hay “aproximación” o “medida” entre estos distintos conocimientos (o “conciencias”) de modo tal que teniendo unos se tengan que producir otros. Esa garantía no existe y, de hecho, no aplica. Subrayemos nuevamente que no sabemos (Co3) sobre “los usos en general”. Los “usos en general” no sólo no es un objeto del saber, sino que es uno de esos despegues hacia órbitas extrañas, extraterrestres, sobre los cuales ya se ha advertido.

Lo mismo cabe decirse sobre la última parte de esta pregunta (“¿No podemos aproximarnos a saber sobre el uso del lenguaje desde lo que sabemos sobre los usos en general?”) No existe un “conocimiento sobre los usos en general”. Nuevamente, esa es una ilusión desde una órbita alienante. Tampoco existe “el uso del lenguaje”, otra órbita sideral insustancial. Cada vez que nos topemos con un artículo definido en una discusión conceptual, filosófica, cabe abrir bien los ojos: Podemos estar a punto de abordar una nave espacial hacia una esfera cósmica sin retorno. Tampoco podemos “generalizar” o extrapolar de algún uso específico, digamos, el conocimiento (Co5) de hacer mapas, o de dibujar flores, o de conducir un auto, o de cortar el pelo, o de distinguir colores, o de producir melodías, hacia algún uso del lenguaje. Los usos lingüísticos son concretos, particulares, específicos, y, aun así, constatamos que están entrelazados con estos otros usos en los infinitos contextos o actividades que generamos los humanos. En estos funcionamientos complejos, participa la facultad del lenguaje, un órgano específico de la mente, asunto sobre el que, curiosamente, se ha producido un poco de conocimiento Co3. Pero la creatividad que desplegamos en nuestros infinitos usos lingüísticos en contextos, sobre la que sabemos por intuición, introspección, descripción y procedimiento, no podemos explicarla.

Se dice que el uso es adecuado al contexto, pero, ¿no podemos imaginarnos expresividad inadecuada? ¿No puede acaso haber usos impropios del lenguaje?

Podríamos jugar con contextos como el de una nota musical amarilla, un perro en Do Menor, una papa frita contradictoria, un columpio angustiado, la raíz cuadrada de una mosca, etcétera. Es decir, podemos producir el absurdo semántico e ilustrar así lo no adecuado. Pero estos “efectos ópticos”, si bien son hechos de nuestra percepción semántica inmediata, han sido aislados de un contexto. El fenómeno de la adecuación no va exactamente por ahí. No se trata de la dimensión analítica del lenguaje, en abstracto, sino del lenguaje en uso. Ciertamente, nos encontramos con usos no adecuados, los que, como se sabe, se resuelven en el contexto mismo. La comunicación busca la adecuación y, en general, la encuentra (y el lenguaje tiene plasticidad infinita como para ello). Y si no la encuentra relega el hecho al fracaso, al error, a la anomalía, etc. y sigue su camino; es decir, hay incontables ejemplos de usos no adecuados.

Estamos hablando de *usos* no adecuados, una dimensión de los hechos de la comunicación que no se contradice por el hallazgo de adecuaciones hipotéticas, abstractas.

Un profesor examina a la clase y pregunta a Pedrito sobre los factores del 9. Éste responde: pero Señor, los factores del 9 sólo pueden apreciarse con la luz apagada. El profesor lo descalifica. La respuesta del estudiante es inadecuada. El orientador del colegio llama nervioso a la mamá del muchacho. Ha habido inadecuación alarmante. Pedrito necesita ayuda profesional, un psiquiatra. Un agente del espectáculo pasa por la calle y escucha el intercambio del estudiante y su profesor. Está llamando frenético por su celular: Jefe, ¡encontré a la persona adecuada para el programa de los sábados! Es un joven humorista, un genio nato. Hubo adecuación. Podemos seguir ilustrando infinitamente.

Por el lado de la compatibilidad semántica entre los contenidos, nos encontramos con que no sólo podemos generar formas absurdas, incompatibles, sino que, igualmente, podemos restablecer el sentido, la compatibilidad. Es siempre posible establecer compatibilidad entre dos objetos semánticos complejos. De modo que en ese plano abstracto, por sus características semánticas, podemos constantemente hilar compatibilidad ("adecuación") entre dos objetos bien formados.

3. Fugas

3.1. Este mundo cognitivo

El recorrido hecho nos ha llevado por una serie de conclusiones negativas en torno a nuestro conocimiento del lenguaje y la comunicación. ¿Qué es entonces lo que sí puede saberse? ¿Qué logros muestra la lingüística sobre el lenguaje humano?

Intentemos, manteniéndonos fuera de los tecnicismos, una minúscula muestra en una de las muchas dimensiones en las que se logra generar algo de conocimiento. Veamos un caso de co-referencia, uno de los mecanismos responsables de mantener el hilo de las referencias nominales en el discurso (extraigo y adapto un ejemplo de Chomsky 2000: 35):

Él piensa que el niño es un artista
 El niño piensa que él es un artista
 Su madre piensa que el niño es un artista

En (i), "el niño" no es co-referente con "él". Es decir, no se interpretan estos dos objetos en esa estructura como refiriéndose a la misma persona. Esa percepción simplemente no se da. No hay nada de ilógico en esa posibilidad. Simplemente, no es una posibilidad lingüística. En (ii), en cambio esa interpretación es posible, si bien no es la única. En (iii), también se da esa posibilidad: "su" (un pronombre "posesivo" de tercera persona de singular) y "el niño" pueden referirse a la misma persona. Describimos, entonces, estas estructuras y registramos esas propiedades de interpretación. Los principios que dan cuenta de estos hechos, los mecanismos que producen estas interpretaciones y no otras, son, al parecer, universales, es decir, estructuras análogas producen las mismas propiedades:

He thinks that the boy is an artist
 The boy thinks that he is an artist
 His mother thinks that the boy is an artist

Las mismas restricciones de interpretación se dan en las variantes en inglés. Estos principios son mecanismos (o, más bien, efectos de mecanismos) del órgano lingüístico, el órgano encargado de producir expresiones lingüísticas. Otros ejemplos con los mismos principios en juego en estructuras similares:

Él piensa que Guillermo es un buen tipo
 Guillermo piensa que él es un buen tipo
 La mujer con la que él se casó piensa que Guillermo es un buen tipo
 La mujer con la que Guillermo se casó piensa que él es un buen tipo

Notamos que en (iv) “Él” y “Guillermo” no pueden ser co-referentes, en tanto que en (v) sí pueden serlo. Por su parte, tanto (vi) como (vii) aceptan la interpretación de co-referencia en estos objetos. Se trata en todos los casos de los objetos “Guillermo es un buen tipo” y “él es un buen tipo” en estructuras particulares. Nuestra percepción lingüística (interpretación) nos hace “ver” co-referencia en ciertos contextos, y no verla en otros –un hecho lingüístico que requiere y obtiene una explicación–.

Veamos otro caso, esta vez de movimiento imposible en pasivas:

Pedro pintó los marcos y las paredes
 Los marcos y las paredes fueron pintadas por Pedro
 *Los marcos fueron pintados por Pedro y las paredes

En (x), no ocurre, al menos no en el sentido de que es Pedro quien pinta tanto los marcos como las paredes. No es un movimiento posible. No tiene esa interpretación o percepción (semántica) natural. La única interpretación posible para (x) es que Pedro y las paredes (juntos) pintaron los marcos. En ese caso, “las paredes” se animan, acaso se trata de un apellido y una referencia a “las niñas (de apellido) Paredes” o de unas paredes que cobran vida y pintan. (El principio en juego (conocido como principio de A-sobre-A) nos dice que ningún elemento puede ser movido si es dominado por una categoría idéntica a la del elemento mismo (en este caso, la frase nominal compleja “Pedro y las paredes” (FN (FN y FN)) no puede ser fraccionada en una operación, de modo tal que sólo una fracción del complejo sea movida manteniéndose la integridad de la operación y de su interpretación).

Insistamos con otro ejemplo:
 Pedro vio a Mario y se fue
 Pedro vio a Mario y a José y se fue

Tanto en (xi) como en (xii) quien se fue es Pedro, no otra persona. En (xi), no puede ser Mario. En (xii), tampoco puede ser José, aunque no hay nada especial que impida esa interpretación, más allá de la forma lingüística. Es decir, no hay nada ilógico en esas interpretaciones, pero sí se trata de interpretaciones (percepciones) no-lingüísticas.

Observamos de paso que estos principios no se aprenden. Nadie le enseña a un niño estas cosas. El niño las trae consigo al nacer y los principios maduran y se instalan en nuestro funcionamiento humano, así como maduramos a la pubertad o como el embrión que fuimos desarrolla una oreja o nuestra vista logra perseguir objetos en movimiento. Estas cosas no se aprenden. Crecen.

Otros crecimientos se observan en el plano léxico. Piénsese en una palabra simple, como “casa”. Parafraseo y hago variar un tema de Chomsky: Una casa verde es una casa que

por afuera se ve verde. Puede ser amarilla por dentro. Esto no se le enseña a un niño, ni es necesario averiguar en un diccionario, al traducir, por ejemplo, si la palabra casa en esa lengua se rige por este mismo principio o no. Es parte del entendimiento que madura en nosotros en tanto seres humanos. Si pinto una casa de verde es porque, luego del proceso, la casa se ve verde por afuera. Si alguien nos cuenta que recién pintó la casa de verde y al observarla vemos una casa enteramente rosada por fuera pero que por dentro es verde, la afirmación inicial se interpreta como una broma o algo así. Nuestra casa puede destruirse y la podemos construir de nuevo. Obviamente, no es el mismo objeto, de modo que la palabra no está refiriéndose al objeto. Sin embargo es nuestra (misma) casa. La casa puede vaciarse, si todos salimos de ella, pero no los muebles. También puede vaciarse si sacamos de ella todos los muebles, pero nos quedamos nosotros adentro. Sobre la casa puede caer una maldición, de modo que hay que cambiarse de casa. Esto último toma al objeto. La maldición no golpea a la casa por un lado, sino que cae sobre la casa. La casa mientras más vieja está, puede renovarse cada vez más, de modo que, mientras más envejecida, está más renovada. Si estoy cerca de la casa, estoy fuera de ella. Si estoy en la casa o dentro de la casa no estoy cerca de ella. Pero, puedo estar jardineando en mi casa y entonces estoy fuera de mi casa y también cerca de mi casa. Todos los componentes de mi casa (ladrillos, cables, tejas, etc.) pueden estar desmontados, digamos en un camión. Eso no es una casa. En ese contexto, puedo decir, con propiedad: “mi casa ya no existe” o “eso que está en el camión no es mi casa”. Variemos el contexto: Los mismos elementos se encuentran en el mismo camión, pero esta vez en el proceso de construcción de una casa prefabricada: “allí en ese camión está mi casa”, expreso, con propiedad. En fin, las propiedades de la palabra “casa” no se agotan y son lingüísticas (conceptuales). Las propiedades de un objeto “casa”, en cambio, no son propiedades lingüísticas en absoluto.

Tomemos otra palabra simple, también un tema de Chomsky, que hacemos variar aquí a nuestra manera: Concepción. Concepción estaba en Penco antes, pero se cambió a Concepción. Concepción avanza. Concepción fue destruida por un maremoto, de modo que ahora está junto al Bío-Bío. Toda Concepción fue al concierto de Julio Iglesias. Concepción es un lugar. Concepción está en un lugar. El aire de Concepción es húmedo. Concepción ya no tiene aire. Concepción se va a cambiar de nombre, pero va a seguir siendo la misma ciudad. Concepción se gobierna sola. Concepción tiene un Gobernador. Concepción está triste. Hay una nube negra sobre Concepción.

Como se ve, las propiedades de la palabra “Concepción” en tanto nombre de ciudad no se agotan y son sorprendentes. No se trata de propiedades “objetivas” o físicas, sino de propiedades lingüísticas que obedecen a una dimensión propia de la realidad.

Estos principios caprichosos de aplicación se encuentran en todas las lenguas. Implican interpretaciones complejas, no sólo imposibles de explicar a un niño, sino que, en buena medida, desconocidas y ocultas al análisis, “misteriosas”. Y, sin embargo, el niño las domina sin aprendizaje alguno. Son propiedades que crecen en él, propiedades de su facultad del lenguaje, con las que se expresa y con las que interpreta el mundo.

Cuando revisamos palabras más complejas, como los verbos, las computaciones, es decir, la complejidad interna que se extrae y que subyace a la interpretación, son aún mayores. Piénsese en “pasar”:

pasar por un pasillo
pasar dinero
pasar el trapo por la mesa

pasar a un auto
 pasar a mejor vida
 pasar de largo
 pasarse de listo
 pasarlo bien
 pasarlo comiendo moras
 pasar la mañana cantando
 pasar por inteligente
 pasar piola
 pasarlo bien
 pasar al piso de arriba
 pasar a ser Ministro de la Corte
 pasar a cuarto medio
 pasar gato por liebre
 pasar multa
 pasar por alto

En fin, la lista no termina. Las interpretaciones se agregan en forma creativa. Nos encontramos con una riqueza de productividad infinita en una raíz aparentemente simple (de hecho, en una serie de raíces de la misma forma externa, “pasar”, asunto que no podremos tratar aquí. (Vid Rivano Fischer, E. 2006. “Forma Escénica, Cognición Lingüística y Cognición Conceptual: Una Teoría Modular de la Metáfora”. Universidad de La Serena, *Logos*, 16.)

Nadie le enseña a un niño esto. No podríamos, porque no sabemos cómo ocurre. Estas formas no se aprenden. Crecen. La lingüística estudia estos crecimientos y los órganos involucrados y produce, a veces, conocimiento en torno a estas cosas.

3.2. Patologías y otros mundos cognitivos

¿Es la comunicación un producto necesario del lenguaje? ¿Podríamos en algún mundo posible haber tenido lenguaje y, sin embargo, no haber llegado a comunicarnos? Eliminemos de partida la interpretación tautológica de la primera pregunta de este dueto en la que se subentiende por lenguaje un sistema de comunicación. Eso anularía la pregunta misma. Bajo esa interpretación, la pregunta se leería “¿Es la comunicación un producto necesario del lenguaje (entendido éste como un sistema de comunicación)?”. La lectura produce un sinsentido (un absurdo circular), un producto del humor, acaso.

Pasemos a una interpretación más plausible en la que se separa “lenguaje” de “comunicación” (y en la que la pregunta tiene sentido). Si concordamos en que otras especies del planeta tienen comunicación, entonces constatamos que puede haber comunicación sin lenguaje y que, todo indica, esa es la norma. Es necesario que ciñamos preliminarmente lo que vamos a entender por comunicación en este contexto. Ajustándonos a los supuestos y asuntos que interesan en los estudios etológicos, por comunicación entendemos intercambios de señales informativas, por cualquier canal, en general entre miembros de una misma especie, pero también entre miembros de distintas especies, señales que conforman sistemas regulares de emisiones y que informan sobre asuntos como peligro y tipo de depredador, fuente y tipo de alimento, disposición para el acceso sexual, potencia de daño en la contienda por la hembra, alimentación de las crías, identificación del individuo, cohesión del grupo, defensa

colectiva, entre otros. El lenguaje humano no es un sistema de comunicación en este sentido. No señala en forma regular nada de esto. No está diseñado para estos propósitos. Se emplea, claro, para esto y lo otro. Pero nadie sabe con anticipación para qué, ni se sabe la forma que tomará para ello. Tampoco hay restricción de propósito en los usos del lenguaje (que incluyen constantemente “uso sin propósito alguno”), y no hay restricción de forma de uso.

Más similares y afines a sistemas de comunicación animal son, por ejemplo, las costumbres, disposiciones, comportamientos y productos humanos de vestimenta y atuendo, ornamentación, maquillaje, pintura, cortes, afeites, tatuajes, perfumes, posturas corporales, movimientos corporales, comportamiento proxémico, disposición arquitectónica y urbanística, comportamiento espacial, gestos y expresiones faciales, olores del cuerpo, secreciones del cuerpo, dilatación de las pupilas, apertura de la cavidad de los ojos, miradas, perfil y apertura de la boca, salivación, gritos, intensidad de voz, prosodia, entre muchos otros “mensajes” humanos. En ellos, se marcan en forma más regular señales de poder social, poder físico, disposición sexual, agresividad, oficio, desplazamientos, función o intención ritual, clase, actitud hostil o amistosa, placer, temor, odio, hambre, simpatía, complacencia, desesperación, entre otras. Son dimensiones de más claro interés etológico que los intratables e infinitos usos del lenguaje.

Desde estas consideraciones básicas, la comunicación no aparece como un producto necesario del lenguaje. No aparece como un producto del lenguaje en absoluto.

¿Es el lenguaje un producto de la comunicación? Nada indica que lo sea. No hay derivación plausible entre las formas conocidas.

“¿Podríamos haber tenido lenguaje y, sin embargo, no haber llegado a comunicarnos?” Descartando interpretaciones circulares y otras de curso inocuo, la pregunta es: “¿Podríamos haber tenido lenguaje y, sin embargo, no haber llegado a usarlo?” Es decir, ¿podríamos haber llegado a no usar el lenguaje así como de hecho lo usamos (para pensar o “comunicarnos” con nosotros mismos y para hablar o “comunicarnos” con otros) y, sin embargo, tenerlo, poseerlo? Esta última es también una interpretación plausible para la primera pregunta, lo que funde a ambas en una. Bajo esta interpretación “comunicación” es “uso del lenguaje”.

Es un hecho que ha habido y hay individuos que tienen el lenguaje y no lo usan, no se comunican con él. Están, por ejemplo, en coma, imposibilitados de comunicarse. De pronto, el sujeto sale de su estado de coma y vuelve a la normalidad. Es decir, tenía su lenguaje intacto y no lo usaba. Otros casos: una vez fijada la lateralización inicial en el hemisferio izquierdo, personas con daños en el hemisferio derecho suelen no presentar afasia. No tienen mayores problemas sintácticos, ni semánticos, pero presentan problemas varios de uso de lenguaje. Por ejemplo, sus enunciados no son apropiados al contexto lingüístico, están fuera de foco, magnifican exagerada e insistentemente un detalle, resultan aberrantes, irrelevantes. Su comprensión del contexto lingüístico también presenta inadecuaciones. No logran organizar la información del conjunto, rescatar los elementos centrales y distinguirlos de los periféricos, descifrar los usos figurativos y distinguirlos de los usos literales. Producen interpretaciones aberrantes de las narrativas que se les presentan, pegando en sus comentarios trozos aparentemente aleatorios de lenguaje. Su pronunciación puede manifestarse plana, monótona, sin los contornos prosódicos que marcan las interpretaciones funcionales de foco, trasfondo, énfasis, paréntesis, tópico, comentario, y otras de dramatismo narrativo, o emotividad, como suspenso, ironía, burla, lamento, solemnidad. Lo propio ocurre en procesos de percepción prosódica: los sujetos no logran interpretar en forma adecuada los mensajes emotivos de

una secuencia prosódica normal. Asuntos afines se manifiestan en casos de Alzheimer y otros cuadros de funcionamiento cognitivo patológico asociados a los términos comunes de “demencia” y “senilidad”.

Lo anterior es una indicación menor hacia un universo interminable de manifestaciones de patologías del habla, en este caso, asociadas a daños en el hemisferio derecho y degeneraciones neuronales. Desde este tipo de evidencia, constatamos que no sólo es posible, sino que es un hecho el que se pueda tener lenguaje y, sin embargo, no llegar a usarlo. Como se apunta, los mecanismos mentales de usos lingüísticos tienden a ubicarse en zonas distintas del cerebro que los del lenguaje, muchos de ellos, en otro hemisferio. De modo que es una realidad fisiológica el que podamos tener unos pero no los otros. Y, de hecho, esto ocurre.

Por otro lado, ¿es (biológicamente) posible un animal que tenga la facultad del lenguaje en su sistema mental y, sin embargo, no lo use o lo use para otra cosa? No hay nada de contradictorio en ello, si bien el planteamiento perturbe a un biólogo, por lo formal y aparentemente ocioso del enfoque (e.g. ¿es posible un homo sapiens sin visión bifocal, porque uno de sus ojos no aporta información alguna al cerebro?, ¿es posible un organismo con dos intestinos, pero sólo uno de ellos en uso?, ¿es posible una glándula en medio de un organismo, sin función orgánica, ni relación bioquímica con los otros órganos?, etc.). En todo caso, la evidencia empírica apunta a que no es imposible un animal así. Vemos estas combinaciones de hecho en casos patológicos como los expuestos. Es posible que exista en algunas especies un módulo lingüístico similar, idéntico o parcialmente idéntico al humano, pero que no está conectado a nada que lo manifieste. El módulo está aislado y el animal no lo emplea para nada. También es posible que el módulo esté parcialmente aislado, y la mente del organismo del caso presente conexiones con módulos asociados a mecanismos periféricos que producen funciones distintas a las de los usos lingüísticos. Por ejemplo, el animal acaso emplea alguna variante del mecanismo de concordancia formal, pero no para asociar palabras entre sí, sino para asociar especies de su depredación, o para identificar a la prole, o para organizar olores, o para mover sus extremidades, o para ocultar su rapiña, o para colgarse de las ramas, o para combinar melodías cuando le canta a su hembra.

El tío Nicanor Segundo está sentado en el sillón de la galería que da al patio interior. Allí lo ponen en la mañana y de ahí lo sacan por las tardes, hacia su cuarto oscuro de atrás. Tiene su lenguaje intacto, pero no logra comunicarse consigo mismo. El órgano está sano y, como debe, genera interminablemente formas lingüísticas de infinita variedad; pero éstas no son capturadas por los sistemas de reflexión, de modo que el tío no las percibe, aunque sí son captadas por sistemas periféricos de producción. Tieso de cuerpo, con los ojos bien abiertos, mira fijamente a las personas que pasan por el corredor y les eyecta chorros de palabras. El tío produce y produce expresiones; dice cosas inconexas todo el tiempo. Nadie entiende lo que dice. Habla chifladuras, dice la tía Matilde; está gagá. Los niños de la casa se dividen entre los que le hacen el quite, los que se burlan de él y los que tratan de entenderlo y de ayudarlo. Se puede decir que el tío Nicanor Segundo vive al segundo.

El tío Ernesto dice que la tía Alberta se está poniendo sorda. Por su parte, y desde hace un tiempo, a la tía le parece que sus familiares y amigas se comportan como si no la entendieran. Ella habla, conversa, comenta cosas, responde en forma adecuada, pero no hay caso. Todos hacen como si escucharan otras cosas, y repiten y repiten lo que dicen, todo el tiempo, como si ella no les hubiera entendido la primera vez. Esto la tiene bien irritada. Si es una de esas bromas del chistoso de su esposo, no le hace ninguna gracia...

Está allí, sentado frente a nosotros en su silla de mimbre. Es el tío Julio. Lleva años mirando por la ventana. Antes estaba más animado, pero parece haber perdido el entusiasmo últimamente. Está ido, dice la tía Ernestina. El tío Julio tiene su lenguaje intacto y logra también comunicarse consigo mismo, pero están cerrados los circuitos hacia los sistemas de producción de habla y los circuitos de coordinación social. No puede vincular nada de lo que ocurre en su lenguaje con los otros órganos mentales, los que mueven músculos, por ejemplo, o sincronizan acciones. Pero el tío se entiende a sí mismo y entiende su entorno. Ha visto impotente la incompreensión total que lo rodea. Algunos familiares han detectado esa tristeza en sus ojos. No pueden dormir pensando... Finalmente, el tío Julio se ha retraído a su mundo. Se entretiene repasando su infancia, su vida, sus padres, sus hijos, sus viajes, las mujeres que amó, los libros leídos, el conocimiento alcanzado. Ha llegado a comprender que su soledad es la de todos, sólo que los otros se enteran tarde.

Hay otros tíos. Novedosos, peculiares, personales, infinitos otros tíos y tías.

¿Podríamos haber tenido lenguaje, y, sin embargo, no haber llegado a usarlo?

Ya vemos que sí. Cuando vamos por la calle conversando con nosotros mismos, tenemos el lenguaje, pero ¿lo estamos usando? Cuando soñamos y “usamos el lenguaje” en nuestro sueño, ¿usamos el lenguaje? Un animal de Tierra 2 tiene el lenguaje intacto, pero no lo sabe. Otro lo usa parcialmente, para seleccionar sabores. Otro tiene una parte del lenguaje, y lo usa para juntar objetos de su entorno y formar grupos de objetos, y grupos de grupos de objetos, todo lo cual hace con gran esmero y dedicación, y sin ningún uso o propósito en particular. Otro tiene el lenguaje y sabe que lo tiene y sabe que todos los de su especie lo tienen, pero sólo cuando sueña. En vigilia, sabe que sueña algo enorme, pero no sabe qué es. En el Olimpo, los dioses se debaten. Algunos opinan que el sueño de este ser es su vigilia, y su vigilia, su sueño.

De vuelta en Tierra 1, el tío Julio continúa ensimismado. Está ido, repite la tía Ernestina. El Olimpo se debate. Estos seres humanos llegan todos a tío...

Bibliografía

Anscombe G.E.M. and G.H. von Wright (eds.). 1969. *On Certainty* (Trad. G.E.M. Anscombe y D. Paul). Oxford: Blackwell.

Chomsky, Noam. 1957. *Syntactic Structures*. La Haya: Mouton.

1965a. *Aspects of the Theory of Syntax*. Cambridge, EEUU: The MIT Press.

1965b. *Cartesian Linguistics*. Nueva York: Harper and Row.

1968. *Language and Mind*. Nueva York: Harcourt Brace & World, Inc.

1975. *Reflections on Language*. Nueva York: Pantheon Books.

1987. *Language and Problems of Knowledge. The Managua Lectures*. Cambridge, EEUU & Londres: The MIT Press.

1993. *Language and Thought*. Wakefield: Moyer Bell.

2000. *New Horizons in the Study of Language and Mind*. Cambridge, Inglaterra: Cambridge University Press.

Rhees, R. (ed.). 1964. *Philosophical Remarks* (Trad. R. Hargreaves y R. White). Oxford: Blackwell.

Wittgenstein, Ludwig. 1961. *Tractatus Logico-Philosophicus* (Trad. D.F. Pears y B.F. McGuinness). Londres: Routledge and Kegan Paul.

1963. *Philosophical Investigations*. (Trad. G.E.M. Anscombe). Oxford: Blackwell.

1969. *The Blue and Brown Books*, Oxford: Blackwell.

1974. *Philosophical Grammar*, R. Rhees (ed.), traducido por A. Kenny, Oxford: Blackwell.